



MERCADO DE ABASTOS DE ARANJUEZ

Fatih

JORGE BRAVO FERNÁNDEZ

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, bajo su benefactora égida, me dispongo a contar lo que un día le ocurrió a un muchacho llamado Fatih. Alabado seas, Señor de los Mundos, Clemente, Misericordioso, Dueño del día del Juicio, a quien adoramos y pedimos ayuda.

Fatih llegó una tarde de verano a la villa. Vino con su padre y su madre en un coche con una baca cargada de bultos, desde el sur, más allá del estrecho de Tarifa, más allá de la cordillera del Atlas, donde están a punto de comenzar las dunas del desierto y un calor justiciero acobarda a algunos hombres del norte sin que él, Fatih, ahora mismo, pudiera entenderlo, ya que el calor que hacía aquí le pareció igual de fuerte.

Su tío, hermano de su padre, les esperaba en el portal de un edificio con tres pisos. Como era preceptivo, ambos hombres se besaron en las mejillas, pero dio la impresión de que la forma del saludo se quedaba corta ante el anhelo interior de ambos de una mayor efusividad, porque el tiempo transcurrido desde que no se veían era de tres años, y en ese gran lapso sus corazones se habían ablandado más de lo que podían restañar simplemente unos labios rozando los rostros. El tío hizo después un gesto de cortesía a la madre de Fatih y por fin le miró a él. En el abrazo que le regaló se desataron todos los nudos, se desquitó toda su emoción reprimida, y Fatih pudo desechar el miedo que durante el viaje le había inundado de que su tío le hubiera olvidado, o hubiera menguado el amor que sabía que sintiera siempre por él.

Subieron hasta el último piso del edificio en el que una puerta entornada daba paso al interior de la vivienda. Encontraron en el salón, sentada en un sofá en solitario actitud de espera, a una mujer que nada más verlos se levantó invirtiendo los saludos del portal: unos besos a la madre de Fatih y una inclinación de cabeza para su padre. Era la esposa del tío, con la que se había casado aquí, y que todos sabían que era una rumi indiferente en temas de

religión. El misterio, para toda la familia, era cómo el tío, tan piadoso, tan puro que incluso ya había realizado el hajj, podía haberse casado con ella.

Después de mostrarles la habitación en la que iban a instalarse, de mostrarles la casa que todos iban a compartir, de efectuar algunos comentarios en torno al trabajo que el padre de Fatih iba a realizar en la recogida del ajo, tan prestigioso más allá de la comarca, el tío dijo:

—Os rogaría que rezásemos por vuestra llegada, ya que es su hora, la oración del magreb. También os ruego que disculpéis a mi esposa por ausentarse durante el rezo, pero —esbozó, mirándola, una leve sonrisa— ella no cree demasiado en estas cosas.

Nadie dijo ya nada más. La esposa del tío enfrió a la cocina y bajo la dirección de él se quedaron los cuatro en el saloncillo para preparar las abluciones y realizar la oración del magreb.



Al día siguiente, mientras almorzaban una harira y un cuscús con carne de ternera que la esposa del tío, sorprendentemente por su condición de rumi, había preparado de un modo delicioso, el tío se dirigió a Fati y le dijo:

—Fatih, me gustaría decirte algo. El colegio no empieza todavía y tienes tiempo de intentar conocer el sitio en el que vas a estar. Yo sé que en la plaza se concentran bastantes muchachos para jugar al fútbol. El idioma, es cierto, puede ser un inconveniente, pero si hay un momento de la vida en el que lo pueda ser menos, tú estás en él. Vete allí y juega con ellos, no le tengas miedo a nada y échate unos cuantos amigos. No sería bueno que estuvieras todo el día al lado de tu madre.

Fatih miró a sus padres, que asentían.

La observación del tío ya era un asunto al que el niño le había estado dando más de una vuelta. La ausencia de personas de su edad con las que entretenerte le producía inquietud. Esa inquietud, aunque él no lo supiera porque nunca hasta entonces la conociese, era un miedo larvado a la soledad.

Fatih hizo caso al tío y fue a la plaza. En ella, observándola desde el portón del mercado de abastos, se dio cuenta con perspicacia de que todo se plegaba a un límpido orden geométrico. Seis farolas, que Fatih nunca hubiese catalogado como fernandinas, se enfrentaban a otras seis formando un paseo en el que simulaban escoltar la estatua de un hombre alzado sobre su pedestal en un avance siempre imposible a un edificio de cuyo balcón pendían tres banderas. A cada hilera de seis farolas la secundaba por detrás una de seis tilos, y a éstos una más del mismo número de magnolios. El conjunto era cerrado por tres quioscos laterales en los que indistintamente se vendían prensa, helados o golosinas. A partir de ahí, anchas calles también arboladas se alargaban con edificios casi siempre de dos plantas y abuhardillados, pintados en una amplia gama de colores que iban tanto del azul al verde como del ocre al amarillo, cortándose las unas a las otras deferente y escrupulosamente de una forma perpendicular.

El mercado, un armazón rectangular de ladrillo y piedra cuyo tejado coronaba una cubierta metálica, deparaba en su composición la misma lógica que el entramado callejero. A la laberíntica disposición del zoco de la ciudad que había cerca de su pueblo, en la que orgullosos guías se preciaban de poder acompañar a un visitante desde una de sus entradas, ver con detalle todo el mercado y sacarlo por otra en el lado opuesto, en el que muchos paisanos incluso se extraviaban y llegaban a un hartazgo de preguntas para hacer el regreso, este mercado de aquí se le oponía como una simple cajita de zapatos. A alguien como Fatih se le angostaba el alma de monotonía cada vez que lo tenía que recorrer. En el zoco cada paso que se daba podía ser una sorpresa, entrar en un feudo lleno de tribulaciones sensitivas en el que se ignoraba el misterio que aguardaba tras los recovecos y aristas del camino. ¿Cómo era posible que cuando sólo



se tenían ante la vista grandes piezas de vaca, los ojos saltones incrustados en las cuencas de la cabeza de un cordero, los cuerpecillos enjutos de los conejos despojados de su piel, viniese de repente a la nariz un olorcillo sutil de canela o el embargo, denso pero fugaz, de un perfume a clavo? Fatih pensaba que esto sólo era posible como un descabellamiento, un desconcierto o una confusión. De igual modo, frente a un puesto de especias en el que uno se aturdía entre los colores y los olores distintos de la albahaca, a la que se fantaseaba ya aderezando los tomates, del romero enalteciendo el cordero asado, o del cardamomo exaltando el sabor de unos pasteles muy dulces, una vaharada seca, un tufo amargo de sangre, exiliaba de los mejores ensueños de aquel pequeño remedio de paraíso.

El mercado, sin embargo, era lineal en su literalidad. Un puesto era un punto en el espacio y se continuaba el paso hacia el siguiente hasta que al final se podía llegar de nuevo al primero en medio de una asepsia en rarísima ocasión subvertida por algún matiz. Frente a la panadería olía igual que frente a la pollería. La presencia de las moscas muy bien podría haber sido desterrada a través de un edicto por parte de la autoridad. Que no tocase el comprador ninguno de los productos a la venta parecía una prescripción sagrada, porque todo el mundo que señalaba algo esperaba impávido a que lo tomara antes que nadie el vendedor. Su correcta frescura se la daban unos aspersores colocados encima, que soltaban de forma intermitente duchas de agua difuminada a pescados y mariscos. Los suelos del mercado estaban bastante limpios, ni un solo ratoncillo hubiese osado atravesarlos, siendo en el zoco más que asiduos fornidos especímenes de rata, con reguerillos bajo cada puesto que desaguaban con pulcritud en un sumidero. El techo se cerraba con tablones de madera perfectamente ajustados del que colgaban verticales y periódicos unos ventiladores de tres aspas y, para iluminar cada paseo, lámparas emitiendo un potente foco de luz. Y lo que más llamó la atención de Fatih, los precios eran incontrovertibles e innegociables, sin juego ni tanteo, unas cifras despóticas por su rigidez y lapidarias como un decálogo por su callada y general aceptación.

Todo un poco extraño, pensó Fatih, también con un punto de tristeza y de melancolía. Lo que no lo fue, tenía razón su tío, era la presencia en la plaza de unos muchachos jugando al fútbol que formaban, entre los pelotazos y sus voces, una tremenda algarabía. Se les quedó mirando con mucha indecisión y se dijo que no le iba a ser fácil encontrar una vía de acceso hacia ellos. Una cierta inquietud volvió a carcomerlo. No obstante, se conjuró a sí mismo para darse fuerzas y se prometió que todos los días imprecaría la ayuda de Dios en el salat para conseguirlo. Alabado fuese Él por su misericordia.



La pérdida del canto del muecín desde el alminar de la mezquita para llamar al salat llevó a Fatih a una cierta confusión. Las referencias externas de costumbre se habían terminado. Tan sólo si su madre estaba cerca le podía indicar exactamente cuándo debía ponerse a orar. Pero esto no siempre era así. Su madre a veces se ausentaba para llevarle comida caliente a su padre al trabajo, o incluso ella misma buscaba alguna tarea remunerada que implementase la economía familiar. Por ello su tío le pidió a Fatih que hiciese un ejercicio de responsabilidad y de maduración y se encargase por sí mismo de atender las obligaciones de su rezo. Esta petición le hizo sentirse más mayor y ver que su familia depositaba en él una confianza que no podía defraudar. Por ello, al surgir la primera oportunidad de responder a la expectativa, cuando aquel mediodía llegó la hora del suhr, Fatih hizo sus abluciones, extendió su alfombra, bendijo a Dios, le pidió perdón por sus insignificantes culpas, todo repetido en un ciclo de cuatro rakas, y aprovechó además para solicitar su ayuda para socializarse con los chicos de la plaza. Una vez hubo finalizado, estaba verdaderamente henchido de ánimo. Realizado todo desde sí mismo, sin incitación de nada o de



nadie, se sentía como más fuerte y seguro, como si su voluntad tuviera más potencia para plegar a la realidad con mayor anuencia a sus designios.

Se aprestó a salir a la calle en dirección a la plaza. Los chavales estaban reunidos en un banco ante la puerta del mercado. Hoy no parecían ir a jugar al fútbol. Se quedó parado mirándolos a una prudente distancia. A ellos no les debió pasar inadvertido su escrutinio, porque uno de ellos se levantó morosamente y se acercó a él.

—Hola. Me llamo Khaled.

—Lo siento. No te entiendo. Sólo hablo en árabe.

—Yo ya sólo lo hablo en casa. Llevo ya bastante tiempo por aquí. Decía que me llamo Khaled.

—Yo soy Fatih.

—Se preguntan mis colegas si te querrías incorporar a nuestro grupo.

—De acuerdo. Jugáis al fútbol y me gusta.

—Yo que tú no me alegraría tan pronto. Te van a hacer pasar una prueba. A mí me la hicieron pasar.

—¿Por qué?

—Supongo que son ganas de fastidiar de los rumis. Ven conmigo.

Se allegaron al grupo. Todos observaron a Fatih con atención, mientras Khaled y el que parecía una especie de líder intercambiaban unas palabras que terminaron provocando el asentimiento, la sorna y también la risa de los presentes. Fatih atendía sin entender, esperando que los dos chicos rematasen la conversación.

—Ya se han decidido —habló Khaled—. Se trata de que entres en el mercado, vayas a una de las pescaderías que hay al fondo del pasillo de la izquierda desde esta entrada y robes una de las pescadillas que tengan a la venta. Tú verás.

Fatih podía haber esperado que le sucediese cualquier cosa, pero desde luego la que menos podía esperar era una de tal calibre. Se quedó pasmado y perdió por unos instantes el crédito de lo que le pasaba. Nunca en la vida se le hubiese ocurrido a él robar nada. Pensó que los muchachos estaban absolutamente chiflados. Se acordó de su madre, de su padre y de su tío, y lo que le habían propuesto se le antojó si cabe más inverosímil todavía. Si ellos ni siquiera imaginaran que él era capaz de hacer tal fechoría, quedaría a sus ojos para siempre completamente deshonrado, no tendría valor ni para echarles un vistazo de refilón por la espalda. Iba a replicarle a Khaled que lo sentía, que él no estaba dispuesto a hacer eso para poder entablar amistad con semejante patulea de desalmados, cuando una idea le detuvo.

Fatih se sabía el Corán de memoria. A todos los niños, desde muy pequeños, les hacían los maestros mostrarse aplicados en la medersa a la hora de aprender a recitar el Libro Sagrado y raro había sido quien no salía de ella con un conocimiento casi total del texto. Desde luego, él sí lo sabía. Y por saberlo se acordó de las aleyas de la azora dieciocho que hablaban de Moisés y el siervo de Dios.

El sentido de las aleyas venía a decir lo siguiente: Moisés, impaciente por encontrar el sentido de las cosas del mundo, acompañaba al siervo de Dios sin ser capaz de intelijir nada de lo que el hombre hacía: barrenó y hundió un barco lleno de viajeros que perecieron ahogados; mató a un muchacho con el que se cruzó; y finalmente, después de





es una tremolina repleta de nieblas y misterios. En la plaza, Fatih, ensimismado, llegó a pensar lo mismo. ¿Por qué no lo iba a pensar? Su tío era un hombre piadoso y de un modo increíble había contraído matrimonio con una rumi atea. Otro misterio. ¿Pero era atea? Había escuchado alguna vez la palabra, pero tampoco sabía a ciencia cierta lo que significaba. Una indiferente, ésa era más o menos la idea que su tío les había trasladado respecto de la posición religiosa de su cónyuge. Por un momento Fatih pensó que todos teníamos bastante de Moisés, que todos éramos una especie de pequeños herederos suyos manoteando para abrirnos camino entre la espesura de la niebla. Fatih, entonces, decidió que sí, que lo haría, que robaría el pescado. Y así se lo hizo saber al grupo de muchachos, de los cuales, por descontado, aunque sólo fuese porque le gustaba mucho jugar al fútbol, quería ser amigo.

—Estoy de acuerdo —sentenció.



Se estipuló para la jornada siguiente la sustracción de Fatih en el mercado. Khaled le acompañaría hasta la puerta y el resto del grupo esperaría a ambos en el césped de la explanada que se abría en la trasera del Palacio Real de la villa.

Khaled, librándolo ya al albur de sus habilidades, le deseó suerte. Como le viese un poco remiso, parado, le dio un empujoncito cariñoso al interior del mercado que pretendía ser también una bocanada de aliento. Fatih se encaminó hasta el corredor al fondo del cual, a mano izquierda, se hallaba la pescadería. No estaba especialmente nervioso, ni agitado. Solamente estaba temeroso. Pero el temor que sentía nada tenía que ver con la gente que estuviera en el mercado, con el hecho de que alguien pudiera capturarle o con el fracaso en la consecución de su presa. El temor le atenazaba como una zarpa feroz, paradójicamente, en las dudas que le producía la capacidad prensil de sus manos. Al pensarlo, de nuevo, Fatih sintió que el corazón se le alzaba varios centímetros en su caja, que le empezaba a palpitar más fuerte y que su respiración perdía cualquier ritmo sosegado que hubiera podido tener. El único miedo radicaba en él mismo, en la aptitud de sus manos. Fatih sabía que el pescado reposaba sobre cajas con pedacitos de hielo y que era muy escurridizo. La clave estaba en acercarse al puesto con disimulo, elegir la pieza, y en un movimiento de rapidez vertiginosa cogerla como una garra que al echar él a correr la hiciera de una reductibilidad imposible.

Ya no había vuelta atrás. Un pelotón de personas se arremolinaba en torno a la pescadería. Abriéndose paso entre ellas, alguna de las cuales se quejó por la impertinencia avasalladora del muchacho, Fatih alcanzó la primera fila y, casi si su brazo fuese un resorte mecánico que actuaba al margen de la más mínima reflexión, sus dos manos se encontraron contactando con un lomo frío y viscoso que abrazó como un amor loco contra su pecho. Cuando la cabeza del pez estuvo a la altura de la suya, pareciendo con su boca abierta y sus dientes pequeños y afilados la de una serpiente que le iba a dar un mordisco fatal, la reacción que le causó fue emprender una carrera desatada. La sorpresa de los presentes por el absurdo que observaban, seguro que de índole tal por primera y última vez en su vida, facilitó a Fatih abrirse paso a trompicones y transitar el pasillo. Nadie decía nada, o él no oía que nadie dijese nada. Si bien esto le

que en un lugar les negaran el hospedaje, apuntaló un muro en ruina perteneciente a dueños tan impíos. El siervo de Dios, ante un Moisés perplejo por sus actos inmundos, le explicó todo: el barco iba a ser apresado por un rey ladrón que iba a aniquilar a todos los pasajeros; el muchacho era un ser inmisericorde y desafecto que causaría el deshonor y ruina de los padres, y debajo del muro había un tesoro de dos menores inocentes, que gozarían de él en su mayoría de edad, pero que si era descubierto por otros les sería enajenado. Moisés entendió. Los designios de Dios son inescrutables. El mundo, el universo,



aportó tranquilidad, la ley de gravedad comenzó a hacer de las suyas. El pescado se le resbalaba de las manos muy poco a poco, pero se le resbalaba. No siendo sus manos eficaces en la sujeción, ello le obligaba a apoyar al bicho más contra su cuerpo, lo cual dificultaba la rapidez del movimiento de sus piernas. Todo se consumó cuando vio al guardia en la puerta. Nunca antes había visto a ningún guardia en la puerta, pero allí estaba, fumándose plácidamente un cigarro mientras departía con un descargador. Un tirón invisible desde el suelo, o un aumento en la pesantez de su carga,

hizo que el pescado escapase fulgurante como una gacela de la presión de sus manos.

En el centro de la plaza los ojos de Fatih miraron hacia arriba a un sol cenital que irrumpió en ellos, igual que un latigazo, con su luz. Le barrieron la vista y Fatih percibió que se tambaleaba.



Tienen todos prácticamente la misma edad, entre nueve y diez años, y les gusta juntarse todos los días, tras las horas críticas de despotismo de unos rayos verticales, en una era que se va transformando en secarral. Pero Fatih se dice que hoy ha quedado en la explanada con césped del palacio. Juegan sin interrupción, en una especie de obstinación futbolística, con un balón hecho de trapo, porque no tienen otra cosa, y tres palos.

Terminadas las correrías de uno de los partidos que disputan, hoy los muchachos se sientan en grupo en la pradera. Los juegos y las chanzas se han interrumpido. El cansancio los lleva a disfrutar la frescura que proviene de esa hierba tan verde y tan muelle que, al rato de sentarse en ella, los resarce de cualquier esfuerzo, extendiéndose mansamente por los cuerpos. Quedos, recuperado el fuelle, al mismo tiempo lo hacen con la ganas de charla.

—Fatih, tienes que ponerte de portero como todo el mundo. A nadie le apetece, pero tenemos que seguir una ronda en la que nos toque a todos —dice alguien, un tal Faresh, que parece hacer las veces de líder y portavoz.

Sin querer, en un gesto instintivo, Fatih echa las manos muy rápidamente detrás de la espalda, despegándolas de la hierba en que las tiene apoyadas, como si a la frescura del suelo le siguiera de pronto una quemazón. La percepción para los chicos que allí están es que se ha acongojado, sin saber muy bien por qué: tal vez por las palabras que le ha dicho Faresh, o tal vez haya sido la brusquedad del movimiento de manos que lo ha dejado en evidencia.

Le ven escrutar las caras de unos y de otros como queriendo leer en ellas. Sus colegas, en cambio, sin desasosiego ninguno y más perspicaces, piensan que ya han leído en la suya, muy especialmente en sus ojos, que no distan mucho de ser los de un animal atrapado en un cepo, un raposo por ejemplo, que algo secretea y está a punto de gritar. Lo visto les sirve de estímulo. Están convencidos de que no deben dejar las cosas así porque sucede algo más que sospechoso. Lo que Fatih teme, la actitud sibilina de los camaradas, se produce.

—No tengo guantes para ser el portero —protesta.

—¡Qué tontería, Fatih! ¡Que no tienes guantes! ¿Escuchasteis, chicos? ¡Venga, Fatih! Nadie lleva guantes cuando se pone de portero. ¿De dónde íbamos a sacar, pobres de nosotros, unos guantes? ¿O es que tú los necesitas porque tienes manos de señorito? ¡Enséñanoslas! Queremos ver esas manos tan delicadas que un balón, sin guantes, nos las puede dañar —responde Faresh envalentonado.

—No. No voy a enseñar nada.

Se pone de pie de un salto y sigue con las manos a la espalda. La disposición de que queden escondidas que les quiere transmitir es irrenunciable, tanto como la del sol que se va hundiendo sin remisión tras las iridiscentes cúpulas de palacio, tras las enhiestas jorobas de los meharis que inclinan su cerviz mordisqueando un ralo matorral. Los demás muchachos le imitan y se yerguen, acercándose después a él. La imagen del animalito apresado y herido por el cepo

es todavía si cabe más real. Están un instante todos inmóviles como en una fotografía, expectantes, incluso en formación de acecho.

—Has despertado nuestra curiosidad, Fatih. No nos digas que no, anda, y muéstranosalas. Nos hemos dado cuenta de que las escondes.

—¡Dejadme en paz!

Faresh hace una indicación con la cabeza y todos, tentacularmente, se echan encima de Fatih. Los paseantes de costumbres fijas que se orean en los vergeles reales o salen a tomarse por la zona un refresco o un helado, podrían pensar que el rugby empieza a coger predicamento entre la nueva chiquillería que juega a componer una laocónica melé sobre el césped. Nada más apartado de la verdad. Lo que allí se está ventilando es una soberbia disputa. Fatih se defiende en la barahúnda con las rodillas y las uñas, con los codos y las punteras, con los hombros y los nudillos..., con la ira, el asco, la rabia, arañándose la piel con su arrastre por la superficie de lija del secarral.

Todos contra uno, el juicio de tan particular contencioso no puede augurar nada más que una sentencia. Tirado boca arriba en el suelo, preso de los compañeros, sujetos con firmeza por las muñecas y los tobillos, Fatih se ve vencido e inmovilizado por una cáfila de retrasados mentales. Él mismo no reconoce ni su manera de hablar.

—¡Sois unos hijos de puta!

No le hacen mucho caso. La atención de los campeadores se centra en otro lugar.

—¡Eh! —dice el tal Faresh, que lo sujetaba clavado de rodillas por la muñeca derecha y mirando hacia abajo— ¡Si me lo dicen antes no me lo creo! ¡Tíos, venid aquí y mirad! ¡Esto no os lo podéis perder!

Se acercan algunos y miran a lo que se refiere el chaval.

—¡Coño!

—¡La madre que me parió!

—¡Hostias!

—¿Pero esto qué coños es?

—¡Eh, que aquí también pasa lo mismo! —grita el que le inmoviliza la muñeca izquierda, haciendo ante su incredulidad una doble comprobación.

Todos se fijan de una a la otra, de la otra a la una, en las manos de Fatih y pueden percibirse de que sólo tienen cuatro dedos. No lo encajan bien al principio, pero si vuelven a mirar sí, verdaderamente es así, ¡sólo tienen cada una cuatro dedos! Tres de ellos, el central, el anular y el meñique se diría que conservan la semejanza con los del resto de los mortales. Sin embargo, el cuarto dedo no es sencillo de describir. Tiene un poco de pulgar e índice, pero no llega a ser ninguno de los dos. Es una mezcla, una especie de síntesis amorfa materializada en un apéndice, ni tan siquiera con facilidad figurable en una pesadilla, que sugiere una morbosidad que durante aquellos instantes capta de lleno la atención de los muchachos.

El ambiente se espesa. Del mismo modo que han estado esclavos de la observación, incluso exclamativos, después, inesperadamente, se vuelven silenciosos, sin mirarse entre sí, yéndose despacio alejando de Fatih y dejándolo libre. Les ha acometido una señal de respeto sobrevenido, caído fulminantemente del cielo, sin que sean capaces de oponerse a ella o hacer nada. ¡Cuatro dedos en cada una de las dos manos! Se han pasmado como ante la contemplación de un milagro, pero éstos suelen ser gozosos, mientras que lo que acaban de ver es... no hay palabras... es... una lástima, una perfidia, una fealdad de la naturaleza.

—Perdona, Fatih. No sabíamos...

Se levanta en cuanto se lo permiten.

—Pues ya lo sabéis, desgraciados. Estaréis muy contentos después de esto. Ya habéis adivinado por qué no puedo ni quiero ser portero. Pero no os preocupéis. Tampoco quiero ser delantero, ni entrenador, ni nada..., ¡a la mierda con vuestros partidos!





Da unas zancadas y echa a correr tan deprisa como se lo consienten las piernas. No es por supuesto la primera vez que algo así le pasa, que protagoniza una escena similar. Le ha pasado ya alguna más. Lo que no comprende sin embargo es por qué su reacción sigue siendo la misma: de vergüenza, de una vergüenza tan enorme, tan simplemente inabarcable.

—¡Fatih! ¡Fatih! —intenta atajarlo Faresh.

Se deshace de él. No escucha. Quiere llegar a su casa.

—¡Fatih! —medio aúlla el muchacho.

No quiere saber nada. Corre. Escapa con todas las fuerzas que le quedan tras la pelea saliendo del césped, condenando su blandura y frescura embusteras que engañan la mente y el cuerpo, pisando el suelo de empedrado seco de las calles de la villa, que es más cierto, más sincero, menos falaz. Mientras casi vuela en la carrera se convence de que la pelea no le ha menguado las energías, ni el vigor, que todo esto lo tiene todavía bien entero. Lo que no tiene desafortunadamente es otra cosa que le hace mucha más falta, aunque sólo sea porque los demás la tienen y él no, y esta cosa son dos pequeños apéndices en las manos, una estupidez, una insignificancia, que nunca hubiese molestado a nadie que él poseyera. Y no es capaz de saber por qué su ausencia le produce un agujero tan hondo en el pecho, como si se lo hiciese una alimaña incomprensible que lo habitara y que ahora mismo le roía, le roía inmisericorde, sin lástima, como un doloroso testigo de un anhelo que le consumía y que no le dejaba adecuadamente respirar.

JORGE BRAVO FERNÁNDEZ

MERCADO DE ABASTOS DE ARANJUEZ

El Mercado de Abastos de Aranjuez fue construido en 1890 por Enrique Sánchez Sedeño y fue uno de los primeros edificios de la arquitectura de hierro que se hicieron en España. Está localizado en el centro de la ciudad, frente al Ayuntamiento. Su estructura ocupa una manzana entera, con un gran patio central, que se reparte los puestos de venta con las galerías del interior.

